

D. Antonio Chabret, "Médico de familia"

Acuden a mi memoria aquellas palabras del clásico cuando decía: «Hay hombres que honran a su pueblo, pero pueblos que honran al hombre», y éste es mi caso concreto. Aquí, al intentar escribir unas cuartillas sobre la gran figura del Dr. Chabret, es cuando acuden a mi mente estas frases, que se adaptan a mi pretensión: Chabret honró a su pueblo, a mí me honra el escribir algo sobre él.

Y sin embargo, creo es ésta mi obligación. Son diferentes motivos los que me imponen esta agradable misión. Don Antonio Chabret era médico, y fué, al ser médico de este nuestro querido Sagunto, médico de la entonces Compañía de Hierro del Norte. Y, cuando falleció en 1907, fué mi padre el que vino a sustituirle en este cargo. Si mi padre viviera, nadie mejor que él sería el designado para escribir esta reseña profesional, pero mi padre no existe ya, cumplió su misión en la vida, después de celebrar sus Bodas de Oro con nuestra noble y discutida profesión, y quedo yo como heredero para poder cumplir esta gloriosa misión. Por otra parte, mi cargo de Presidente de este Centro Arqueológico, me estimula también a escribir estas cuartillas. ¡¡Dulce tarea que cumplo como deber sagrado!

Don Antonio Chabret fué médico porque su vocación se lo exigía; dejó el Seminario, donde había creído le llamaba su vocación sacerdotal, para ingresar en la Facultad de Medicina de Valencia y seguir otro sacerdocio que no es menos obligado, como decía nuestro premio Nobel, Benavente: «Penosa profesión es siempre la Medicina, aún para los que logran cumplida recompensa. No se comprende sin vocación; sin vocación tan decidida como la del Sacerdocio. Consagrarse al dolor... Luchar con la muerte... enemigo que cuando huye parece que no hubo mérito en vencerle, y

cuando vence siempre deja lugar a sospecha de que faltó el acierto en combatirlo.»

Fué don Antonio, Médico de familia, ese cargo tan venerable, que hoy desgraciadamente por las corrientes modernas y organización actual, va desapareciendo. Era alentador ver llegar a la casa del enfermo la figura respetada del médico, que era, con su atuendo de señor doctor, con su pañosa o su levita, consejero y director moral de las familias. Esa irreprochable figura del doctor Chabret, acudía a la cabecera del enfermo, donde, como dice aquel proverbio: curaba algunas veces, aliviaba otras, pero consolaba siempre. Con su ayuda moral y material, intervenía en todas las necesidades, era el MEDICO, era la ayuda tutelar, que sólo podía ofrecer, los que como él, sentía el amor hacia el enfermo y el cariño por el necesitado; porque vivía su profesión y la consideraba tan importante y gloriosa, como la juzgaba el doctor Martín Martínez, médico de Carlos II, al replicar al discurso quinto del Padre Feyjóo, en su célebre Teatro Crítico Universal, cuando decía: *"Es tan necesaria y gloriosa la arte de la Medicina, que Cristo mismo y sus apóstoles curaron. De San Pablo consta que hizo su receta, aconsejando el uso del vino a su Timoteo: el Angel no se desdénó de hacer colirios: El Sapientísimo Rey Salomón disputó desde el cedro del Líbano hasta el Hysopo de la pared: Y esta profesión tuvieron muchos Santos y Pontífices."*

Porque nuestra profesión de médico, como la consideraba el doctor Chabret, es la que embarga todos los sentidos, en la que llena toda nuestra vida: se es médico en la cabecera del enfermo; se es médico en la calle, en el paseo, cuando de una forma inconsciente se observa el rostro del que pasa por nuestro lado y se diagnostica, *in menti*, su anemia o

su delgadez pajiza cancerígena, o su bocio exoftálmico, o su disnea cardiopática, o su temblor parquinsoniano, o su azulado addisoniano, y es que, como dijo Georges Duhamel: «La impronta médica es indeleble. Está marcada tan profundamente como la impronta eclesiástica. *Sacerdos in aeternum*. Sabe que, piense lo que piense y haga lo que haga, no puede dejar de actuar y pensar como médico.» Se es médico en casa, se es médico aún en nuestra mesa, cuando comiendo, no se puede apartar de la imaginación aquel enfermo cuya vida peligra, aquel ser que se nos muere, y entonces, la gente ignora el verdadero dolor moral de ese médico, que sufre, lucha y no come pensando y estudiando, y hasta pidiendo a la Providencia ayuda para que ilumine nuestra inteligencia; esto lo explica bien Andrés Soubiron, cuando decía: «¡Tantos niños perdidos que antaño vi revivir! ¡Dios mío!, que cure también éste, para que toda mi vida no quede vallada por un crimen irreparable.» Porque la mayor alegría y satisfacción que sentía el doctor Chabret era cuando con su terapéutica de entonces, sin medios de diagnóstico apenas, sin serologías ni Rayos X, podía salvar una vida; cuando podía hacer volver de las fronteras de la muerte un ser, era una especie de segundo nacimiento, y esa alegría inmensa, sólo podía experimentarla él, porque sentía y vivía inmensamente la noble profesión de médico. Porque era médico y católico y en las fibras sensibles de su alma aridaba esa inquietud y responsabilidad de la Deontología profesional, que le preocupaba y estimulaba, como bien lo define el Padre G. Payen, S. J., en su gran obra deontológica «al lado de los que conocen a fondo sus deberes, y de los que prefieren ignorarlos para no caer en la tentación de cumplirlos, existe la gran multitud de los que los conocen y desean conocerlos mejor».

Nació don Antonio el 26 de mayo de 1846 y terminó su carrera de médico a los 25 años, carrera rápida y brillante, ya que no podemos olvidar que pasó va-

rios años de su juventud en el Seminario. El 23 de marzo del 74, el extendieron su título de Licenciado en Medicina y Cirugía. Ya estaba formado el hombre ecuánime y bondadoso, el Médico estudioso y sereno, el investigador profundo, que estudiaba e investigaba tanto al enfermo como a su ambiente, el que amó al inválido, como amó a su Sanguento.

Fué médico de Caudiel antes que tuviese la oportunidad ambionada de venir a ejercer en su ciudad natal. Por fin consiguió ser médico titular de Sanguento, médico patriarcal representación genuína del casi desaparecido médico de familia. Fué médico y consejero de las familias; su vasta cultura médica le llevó, no a tener solamente una gran clientela, sino que sus conocimientos científicos llegaron a convertirle en una autoridad médica, reconocida por todos los centros profesionales de antaño.

El doctor Amalio Gimeno, el cual se honraba con su amistad, estaba ejerciendo en Puzol y solicitó su colaboración para los ensayos de la vacuna anticolérica del doctor Ferrán. Era la primera vacuna bacteriana descubierta, ya que la del inglés Jenner de la segunda mitad del siglo XVIII, era de carácter empírico, por desconocer el agente productor de la viruela.

Si a nuestro gran Ferrán se le ha reconocido oficialmente por la Academia de Ciencias de París como el verdadero descubridor de la vacuna anticolérica que lleva su nombre, a pesar de los juicios contrarios y apasionados de Brouardel y de Haffkine, hemos de reconocer también el mérito de nuestro don Antonio, que con la ayuda del doctor Amalio Gimeno, utilizó esta vacuna logrando que la extensión de la terrible epidemia colérica fuese cediendo.

Si Pasteur descubrió el mundo de los microbios, Ferrán descubrió las vacunas para la lucha contra las enfermedades originadas por ellos, y Chabret fué uno de los médicos decididos, que con conocimiento de causa, utilizó con valentía estas vacunas y estudió sus re-

sultados, a pesar de los contradictores y refutadores del postulado de la inmunidad artificial, que preconizaba Ferrán con sus vacunas, revolucionando las teorías del aquel entonces en que predominaban las doctrinas histórico-naturales influenciadas por el ontologismo, representadas gráficamente en 1870 por Pidoux al decir: «La enfermedad está en nosotros, es de nosotros y es para nosotros.»

Y en aquella época de discusiones científicas, en la que Brouardel, con otros autores, combatía la teoría de Ferrán surgieron hombres, como el premio Nobel Eherlich, que concedió, además de sustentarla, la prioridad de la vacunación a nuestro compatriota, y Chabret, con su temple y su convicción, utilizó con decisión y valentía estas vacunas anticoléricas. Se imponía la frase de Pasteur: «Voir pour prévoir et prévoir pour pourvoir», y así lo hizo.

También demostró su gran conocimiento clínico, al informar con su buen amigo el doctor Pérez Fuster, sobre el tratamiento con el ácido fénico, preconizado por el doctor Declat.

Y no solamente su cultura médica consistía en estudiar y utilizar estos tratamientos heroicos y atrevidos para entonces sino que sus amplios conocimientos médicos le llevaron hasta la investigación y estudio analítico, al demostrar en la obra crítica de su amigo don Roque Chabás, titulado «L'espill o llibre de les dones por el mestre Jaume Roig», que el tal Roig era médico, basándose en la terminología y en las frases y conceptos escritos por él.

Fué socio fundador del Centro Médico Castellonense del año 1872. Además de Médico Titular, fué también Forense y Subdelegado de Medicina del distrito. Y su labor médica era tal, que entre otras condecoraciones, fué distinguido por S. M. Alfonso XII al concederle en 24 de mayo de 1881 la Cruz de primera clase del Mérito Militar, con el uso de su distintivo, como premio a su labor de médico de la Plaza y del Castillo de Sagunto, durante la última guerra

civil.

En los archivos de la revista profesional «La Medicina Valenciana», existen testimonios fehacientes de su gran cultura médica y de su gran labor en la lucha contra las enfermedades. No cabe duda que esta gran labor por el enfermo, era dirigida y orientada por su amor a la humanidad. Si la caridad, de la cual también existen testimonios de cómo la ejercía, era una virtud muy arraigada en él, era también ésta la que le imprimía la fuerza necesaria y el valor para, al atender al enfermo, estudiar todo aquello que pudiese beneficiar al mismo.

Como en todo trabajo profesional tenemos la costumbre de sentar conclusiones, éste, que aunque es un ligero esbozo, ya que para profundizar debido al gran motivo que lo origina, haría falta mucha extensión, quiero que tenga también un resumen, y es el siguiente:

Don Antonio Chabret fué saguntino, porque nació en Sagunto, y fué un Gran Saguntino, porque honró su ciudad natal.

Don Antonio Chabret fué un Gran Médico, porque con la escasez de medios auxiliares profesionales de aquella época, trató enfermedades y endemias con los éxitos como premio. Asistió heridos, aunque no era la cirugía su mayor vocación, pero como médico que era, supo dominarse y sacrificarse por su profesión.

Don Antonio Chabret fué un espíritu selecto, trabajador e infatigable, porque, como dijo otro espíritu similar al suyo, «con el cambio de trabajo, encontraba ya descanso». Amó el arte, y fué Artista; las musas le inspiraron, y fué Poeta; la música le cautivaba, y fué compositor, era un gran pianista, dominaba la guitarra y la flauta, y, hasta aprendió a tocar el violonchelo, solamente para contribuir a la formación de un célebre quinteto saguntino. Le gustaba la historia y fué un Historiador y Cronista de fama mundial. Sintió en su corazón la llamada imperativa de la literatura y fué Literato. Era todo un temperamento artístico, sentía pasión por